

LOS ASOMBROSOS FRUTOS DE UNA SENCILLA DEVOCION

(La devoción de las Tres Avemarías)

Por el secretario de la
«Cruzada de las Tres Avemarías»

P. Luis Larrauri, C.S.S. R.
(Misionero Redentorista)

Hno. Secundino Pérez
(Marista)

Quinta Edición

Revisada por el Hno. Alberto Hidalgo (Marista)
Rafael Calvo, 12 - 28010 Madrid (España)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Puede imprimirse:
Lic. Jaime Colomina Torner

Imprímase:
Marcelo González Martín
Cardenal Arzobispo de Toledo

¡Oh María, por tu Inmaculada Concepción, purifica mi cuerpo y santifica mi alma!

(Jaculatoria indulgenciada por San Pío X, que la recomendó rezar con las Tres Avemarias).

D.L. GR-524-95
ISBN: 84-7770-268-3

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)



EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Bendecimos de todo corazón el esfuerzo que viene realizando el Secretariado de la Cruzada de las Tres Ave-marias para difundir esta importante devoción mariana por España y el mundo entero. En este pequeño librito, junto con una sana doctrina mariana, presentada de forma popular y fácilmente asequible, se registran una serie de hechos maravillosos y recientes, todos fidedignos, que prueban la eficacia de esta ya antigua devoción en honor de la Santísima Virgen y de la Augusta Trinidad. Quiera Dios que el folleto y las estampas se difundan mucho en los distintos ambientes de la sociedad para el fomento de la Vida cristiana y la salvación eterna de los hombres.

Toledo, 15 de octubre de 1975

+Marcelo González Martín
Cardenal Arzobispo Primado

¡MARIA, VIRGEN INMACULADA!

Dios te salve, María Inmaculada,
de la gracia de Dios favorecida,
y con todo el *poder* de Dios creada,
y con todo el *saber* de Dios henchida,
y con todo el *amor* de Dios amada,
y sin mancha de culpa concebida.

¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo!
¡Yo no sé decir más cuanto te hablo!

(José María Gabriel y Galán
Salamanca-España)

Invocación.

Corazón Dulcísimo de María, da fuerza y seguridad
a nuestro camino en la tierra: sé Tú misma nuestro ca-
mino, porque Tú conoces la senda y el atajo cierto que
llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo.

(Rvdmo. P. José María Escrivá de
Balaguer. -"La Virgen Santa, causa de
nuestra alegría." -Homilía, el
15-8-61.)

Advertencia previa:

«Te aconsejo que cada vez que vayas a leer algo de la Virgen María, digas interiormente: "Madre, enséñame a conocerte más, para más amarte..."»

(HNO. GINES DE MARIA, F.S.C.) (1)

Frutos de la experiencia:

«Cuando se "siembra" a María en los corazones, se "cosecha" siempre a Cristo en las almas.»

(P. Luis Larrauri, C. SS. R.
Misionero Redentorista)

«No hay mejor modo de llevar las almas a Cristo, que hacer que primero las gentes se enamoren de la Madre.»

(P. José M.^a Alonso, S.J.
Misionero en la India.)

(1) Hno. Ginés de María Rodríguez, F.S.C., de los HH. de las Escuelas Cristianas (La Salle), en su libro «La Madre». Edición 1974, página 12.

SANTA MARIA DE LAS CHABOLAS

Las conoces, Señora...Contristada
pasas en medio de ellas y suspiras
mientras dejando vas en cuanto miras
los pétalos de tu alma desgarrada.

Por tu celeste caridad llevada
huellas los fangos, el hedor respiras
y, al escuchar las quejas, llantos e iras,
tu frente es una estrella conturbada.

Aquella madre que suplica y llora,
aquel sucio angelín que pan implora,
aquel padre que roe sus enojos...

Cuando tornas al cielo, ¿no ve Cristo
en la tristeza de tus dulces ojos
todo el dolor que Tú en la tierra has visto?

Soneto de Jesús G.^a Moliner, SCH.P.
Rev. Miriam-Nov.-Dic.1972.-Sev.

¡Nta. Sra. de los pobres! ¡Rogad por nosotros!

Un día nos dirá su divino hijo: "Venid a la gloria, benditos de mi PADRE, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis... Siempre que así hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. (S. Mateo, 25, 35-40).

A SANTA MARIA DE LAS CHABOLAS - El soneto de Jesús García Moliner.

Introducción

Su Santidad Pablo VI nos dice:

«Pongamos todo nuestro afán para que en nuestra moderna generación no se debilite, sino que aumente cada vez más la luz suave y materna de la devoción a María Santísima, Madre de Dios y de la Iglesia, y Madre de cada uno de nosotros.» (2).

No dejemos de hacer constante memoria del Maestro San Juan de Avila, que dejó escrita esta reflexiva exclamación «¡Oh!, si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene!» (3).

Y para tenerla propicia, uno de los más delicados obsequios que como hijos podemos ofrecer *diariamente* a la Madre Celestial, es el rezo de las *tres Ave-marias*.

(2) Alocución del Santo Padre al Congreso Mariológico reunido en Roma el 16 de mayo de 1975. (Revista «Miriam», julio-agosto 1975. Sevilla.)

(3) «Sentencias Espirituales»: Selección por Juan María Escribano y Ovidio Pecharromán, 1964.

Singular estimación de la devoción de las tres Avemarías

«Manila Observatory»

Manila (Filipinas), 22 de febrero de 1969.

Estoy propagando aquí la devoción de las *tres Avemarías*. Les gusta mucho a las gentes.

La devoción de las *tres Avemarías* o «devoción Mariana a la Santísima Trinidad», es la devoción más sólida y teológica a la Santísima Virgen; muy necesaria en estos tiempos en que muchos andan a caza de novedades.

Pongamos a la Virgen como intermediaria con las tres divinas Personas, y Ella hará que muchos hallen el verdadero camino...

¡Hermosa devoción! Sigamos difundiéndola...

P. Angel Hidalgo, S. J.
Director del Observatorio.

Devoción fácil y breve

La práctica de esta devoción no puede ser ni más fácil, ni más breve.

Fácil es, porque se concreta a rezar «todos los días» *tres Avemarías* agradeciendo a la Santísima Trinidad los dones de Poder, Sabiduría y Amor que otorgó a la Virgen Inmaculada, e instando a María a que de ellos use en auxilio nuestro.

Y tan breve es, que ese rezo se hace **en menos de un minuto.**

¿Y si el día tiene 1.440 minutos, será «mucho» dedicar menos de uno a «asegurar» tu vida espiritual?!

Devoción de efectos seguros:

¿Te parece, quizá, que rezar cada día *tres Avemarías* es poca cosa para tanto bien como se te ofrece?

Pues no te extrañes, porque San Andrés Cretense decía que «María es tan generosa y magnífica, que acostumbra a recompensar con grandes favores los más pequeños servicios».

Por esto San Leonardo de Puerto Mauricio exclamaba: «¡Oh, qué santa práctica de piedad! Este es un medio muy eficaz de asegurar vuestra salvación.»

Y el venerable siervo de Dios, Luis María Baudoin

(fundador de las Ursulinas de Chavagnes) llegó a escribir: «Rezad cada días las *tres Avemarías*; porque si sois fieles en pagar a María este tributo de homenaje, yo os prometo el Paraíso.»

Créelo.

Es muy cierto.

Tenemos todos los días confirmación de esa realidad.

A un misionero Redentorista hizo esta manifestación una penitente: «Padre, hace cinco años que callaba en la confesión ciertos pecados porque no tenía valor para declararlos. Pero comencé a rezar las *tres Avemarías* a la Santísima Virgen, y esta buena Madre me ha escuchado y obtenido la gracia de vencer mi vergüenza y confesar todos mis pecados» (4).

Y el famoso sacerdote que tanto escribió en la Prensa francesa con el seudónimo de «Pierre l'Ermite», garantizó la autenticidad del siguiente suceso:

A un maestro laico, que con encono e impía obstinación había descristianizado en su pueblo del Norte de Francia todas las generaciones de niños que habían pasado por la escuela, le sorprendió en su nefasta labor la guerra y la invasión germana en 1940.

Se unió a un grupo de fugitivos, y los muchos sufrimientos que hubo de soportar, rápidamente agotaron su resistencia moral.

Desconcertado y caído en desesperanza, aprovechó el paso por medio de un bosque para separarse de sus acompañantes y aislarse.

(4) Folleto «Cruzada de las *tres Avemarías*».—Madrid, 1958.

Luego se sentó junto a un árbol y sacando un revólver decidió darse muerte.

Pero, en ese instante, obedeciendo, sin saber por qué, a una costumbre que en su infancia mantuvo, y que abandonó después cuarenta años, sepultándola en el olvido, comienza a recitar las *tres Avemarías*. Y apenas termina éstas se siente dominado por una fuerza misteriosa que levanta su ánimo, arroja lejos de sí el arma, y recuperadas plenamente sus fuerzas morales, aceleró el paso y se juntó otra vez a sus compañeros de infortunio, con el íntimo propósito de reparar el daño espiritual sembrado durante tantos años, fomentando en la juventud la devoción a la Virgen María, que a pesar de nuestras ingratitudes se muestra siempre Madre, para restablecer la paz de las almas con Dios (5).

Un escrito corto, pero de largo alcance.

13 de enero de 1968

Rvdo. P. Luis Larrauri, C. SS. R.

Reverendo Padre:

Necesito escribirle. No puedo callar.

¿Por qué...?

¡Porque de la abundancia del corazón, habla la lengua! Y es tanta la gratitud que debo a la Virgen Santísima, que no puedo represar mis sentimientos y

(5) «Notre Dame de la Trinité. —Les Trois Ave Maria». — Fr. Didier de Cre, O. F. M. Cap. ...,tomo II, pág. 234.

tengo como una necesidad imperiosa de contar, de proclamar, de exaltar las bondades de la Virgen María.

¿Que qué le debo?

Pues todo...

Estuve en peligros de muerte, y me salvó.

Deseaba luces para mis estudios, y me las concedió.

Anduve al margen de la Ley de Dios, y me sacó del extravío, mediante la gracia extraordinaria eficaz de la conversión.

¿Y sabe, Padre, cómo y por qué conseguí todo esto?

Porque desde niño y todos los días —¡aun en los días «malos»!— la invoqué rezando las *tres Avemarías*, con las que le recordaba el gran poder, sabiduría y amor que le concedieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...

Tengo la firme convicción —formada a fuerza de experiencia personal y observación de lo ocurrido a otros— de que esta práctica de piedad diaria libra del mal... Aparta de la impureza, consuela en el dolor, alienta en las tribulaciones, ayuda en las necesidades, convierte al pecador, mejora incluso a los justos...

¡Por esto mis ganas de gritar a todas las gentes: «Para vuestro bien, no descuidéis ningún día el rezo de las *tres Avemarías*»!...

Besa su mano.

Vicente-Jesús de España

Una probable pregunta:

Nos dirás, tal vez, «¿y por qué esas “tres *Avenarías*”, y no dos, o cuatro, o más?»...

Tiene eso su explicación.

Habla la Santísima Virgen:

• Preocupada la religiosa benedictina que luego fue Santa Matilde por el buen fin de su vida, rogó insistentemente a la Virgen Santísima «que la asistiera a la hora de la muerte»; y acogiendo benignamente su súplica, la Madre de Dios se manifestó a la implorante, diciéndole:

«Sí que lo haré; pero quiero que por tu parte me reces diariamente *tres Avenarías*, conmemorando, en la primera, el Poder recibido del Padre Eterno; en la segunda, la Sabiduría con que me adornó el Hijo; y, en la tercera, el Amor de que me colmó el Espíritu Santo» (6).

Y esta promesa se extendió en beneficio de todos cuantos ponen en práctica ese rezo diario de las *tres Avenarías*.

Al correr de los años ha habido muchos sucesos como el que sigue:

(6) «Libro de la Gracia Especial o Revelaciones de Santa Matilde», capítulo XLVII.

«Yo confesé a un mudo»

Esto no es una novedad. Con frecuencia confesamos mudos. Pero esta vez..., la cosa salió de lo normal.

Estaba misionando en un pueblo...

Allí vivía un caballero que había perdido el habla. El último día de la Misión, un hijo suyo me suplicó fuera a confesar al enfermo, que llevaba tres meses mudo y estaba gravísimo por efectos de una embolia.

Fui a la casa que se me indicó. Entré en la habitación donde estaba el enfermo. Salió el hijo, y quedé solo con el mudo.

—Esté usted tranquilo —le dije—, que yo le iré haciendo las preguntas y usted me irá respondiendo, con signos de cabeza, «que sí» o «que no». (El hijo me había adelantado el clima religioso en que se había desenvuelto la vida del padre.)

Entonces el caballero rompió a hablar. Y con voz clara y distinta, se confesó.

¡Yo no salía de mi asombro!... Como no pude disimular esto, y lo expresaba mi semblante, él me dijo con emoción:

—Padre, usted va a comprender inmediatamente por qué hablo en estos momentos. Desde los diez años tomé la costumbre de rezar, por la mañana y por la tarde, las *tres Avemarías*, que a todos nos aconsejaron unos Padres Misioneros. Desde los catorce años perdí toda práctica religiosa, menos las *tres Avemarías*, Jamás, ni un solo día, las he omitido, pidiendo a

la Virgen María la gracia de no morir sin hacer una buena confesión; porque, como ha oído, necesitaba confesarme bien desde mi primera comunión, que fue a los ocho años...

Terminada la confesión, quedó otra vez mudo.

A las doce de la noche había muerto, con el alma lavada por la penitencia.

(P. Luis Larrauri, Misionero Redentorista) (7).

Contenido propio, característico y diferencial de esta devoción

Las «tres Avemarías» son un «modo» de *ir por María a Dios*.

Como ha dicho S. S. Pablo VI, «es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen María, expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial. Ya que, en efecto, el culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Y en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El; y en vistas a El, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro» (8).

Y evidente es que esas notas señaladas por el Pontífice, concurren en la devoción de las *tres Ave-*

(7) Revista «Miriam», julio-agosto 1959.

(8) Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*», 2 de febrero de 1974.

marías, que en realidad constituye un himno en honor de Dios y de María, pues en su rezo diario se invoca al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y al recitar el Ave María se glorifica la Encarnación del Verbo y la Maternidad divina de la Virgen, que dio Humanidad a Dios Redentor.

Es, por tanto, una devoción en que se conjuga nuestra reverencia al «misterio de Dios» y al «misterio de María», que va unido al «misterio de Cristo».

¡Devoción «mariana» repleta de «teología»!

Y en esta devoción se recita, precisamente, el Ave María, porque en el día de la Anunciación pudimos captar esos tres misterios, al conversar el Angel con María.

Recordad lo que dice la Sagrada Escritura:

«Envió **Dios (el Eterno Padre)** al Angel Gabriel a Nazaret, a una Virgen cuyo nombre era María, y le dijo.

«Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres...; concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, que será llamado **Hijo del Altísimo...**»

Pero María indicó al Angel: «¿Cómo ha de ser eso?...» Y el ángel, en respuesta, le manifestó: «El **Espíritu Santo** descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo que el fruto santo que de ti nacerá será el **Hijo de Dios**» (8 bis).

¡Ved ahí, sencillamente revelado, el misterio de la

(8 bis) Lc. i, 26 a 35.

Santísima Trinidad, y a María, tras la salutación angélica, hecha Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre del Redentor!

Todos saben que Dios es **Uno**, y que al propio tiempo es **«tres Personas»**.

Por esto escribía más tarde el Apóstol San Juan: «En el cielo están el Padre, el Verbo (que es el Hijo) y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa» (9).

Y al Padre se atribuyen las obras en que se hace ostensible el Poder; al Hijo, aquellas en que brilla la Sabiduría, y al Espíritu Santo, las que son demostración de Amor (10).

Poder del Padre, Sabiduría del Hijo y Amor del Espíritu Santo, que cooperaron para hacer la excepcional y prodigiosa criatura destinada **a la dignidad insuperable de Madre de Dios**.

Excelsitud de María:

No hay nada tan portentoso y extraordinario como contemplar a María como Madre de Jesús, que es Dios y Hombre.

No se puede pensar cosa mayor.

Con santo fervor, Pedro, Abad de Celles, escribe:

«Llamad a María, Reina de los cielos,

(9) I. Jh., 5, 7.

(10) León XIII. Enc. «Divinum illud», de 9 de abril 1878.

Soberana de los Angeles,

Emperatriz del Universo.

O dadle cualquier otro honroso título,
¡jamás llegaréis a honrarla tanto
como llamándola Madre de Dios!» (11).

Y San Anselmo decía a la Santísima Virgen:

«¡Oh Señora nuestra, nada te iguala, nada es comparable a ti!

»Todo lo que existe, o está por encima de ti, o está por debajo de ti.

»Por encima de ti, sólo Dios; por debajo de ti, todo lo que no es Dios» (12).

Y es tan estrecha la unión de María con Dios, que justifica las celestiales palabras que Santa Gertrudis oyó un día en el coro de su convento benedictino, mientras cantaban el Avemaría:

«Después del Poder del Padre, de la Sabiduría del Hijo y el Amor misericordioso del Espíritu Santo, nada se acerca ni parece al poder, sabiduría y misericordiosa ternura de María» (13).

Eficiencia del «Ave María»

San Luis María Grignon de Monfort, siguiendo el parecer de otros santos, declaró que «el tener afición

(11) Roschini, ob. cit., tomo I, pág. 370.

(12) P. Terrien, S. J. «La Madre de Dios y Madre de los hombres», tomo I, pág. 128.

(13) P. Narciso García Garcés, C. M. F. «Las tres Avemarías». página 45.

al rezo del **Avemaría** es señal de predestinación» (14).

Y entre muchos casos demostrativos del influjo y virtud del **Avemaría**, leed el que sigue:

«Una familia protestante se convierte al catolicismo»

En la última sesión de un Congreso católico, celebrado en Lila (Francia), el sacerdote inglés P. Tuckwel habló de este modo:

«En una ciudad de Inglaterra residía una familia educada según la fe protestante.

De los varios hijos, el más pequeño, cuando contaba seis años, aprendió de unos amigos católicos el **Avemaría**.

Una tarde la recitó candorosamente delante de su madre, y ésta le reprendió y conminó a que nunca más pronunciara esas alabanzas a María, pues no era ella más que una mujer como todas las demás.

El niño, consecuente con la reprimenda recibida, no volvió a pensar ya en el **Avemaría**.

Pero, transcurridos bastantes días, y mientras esperaba a sus padres para ir al templo, cogió una Biblia y empezó a hojearla, encontrándose con el relato de San Lucas en que refiere la Anunciación.

El niño, al aparecer su madre, le muestra triun-

fante la página en que consta la salutación del Angel a María, y dice:

—Ves, madre, el **Avemaría** está en la Biblia. ¿Por qué, pues, decís que no debe rezarsê?

La madre, por única respuesta, le arrebató, enojada, el libro de sus manos, y le dijo:

—Cállate y no vuelvas a hablar más de esto.

No obstante, desde entonces, el niño repetía gustoso, en privado, las palabras leídas: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres»... Y meditando en esto se decía:

No es posible que María sea una mujer como las demás. Si así fuese, no le habría dicho el ángel lo que le dijo. Y esto está escrito en la Biblia, y según nos han enseñado en el Templo, la Biblia contiene la palabra de Dios.

Habiendo crecido el niño con esa convicción, y cumplido los trece años, surgió, en una velada familiar, otra vez la cuestión de la excelencia de la Virgen sobre las demás mujeres, y nuevamente se oyeron las voces de unos y otros rechazando la preferencia de María. Ante lo cual, el niño tomó la defensa de la Virgen, exclamando:

«¡No; no es verdad que la Virgen María sea igual a todas las mujeres, porque Dios ha puesto en los labios del Arcángel Gabriel la declaración de que «es llena de gracia» y de que es la destinada a Madre de Jesús, que es Dios hecho Hombre!...

»¡Qué contradicción la vuestra!; decís que la Biblia

es la regla de la religión y, sin embargo, no queréis reconocer lo que el Sagrado Libro dice. Leed el canto de la Virgen: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada»... ¿Por qué vosotros os negáis a glorificarla como Madre de Dios?...

El efecto de estas manifestaciones del joven fue terrible. Los padres estaban enfurecidos contra él. Y sus hermanos lo recriminaron.

Años después, el muchacho entró en el ejército de Su Majestad Británica y, libre de la potestad paterna, se convirtió al catolicismo.

Disfrutando en cierta ocasión unas vacaciones con su hermana mayor, que se había casado y tenía varios hijos, le censuró aquélla su fe católica, y añadió: «¿Ves a mis hijos? ¡Tú sabes cuánto los quiero! Pues bien; te aseguro que antes los mataría que consentir abrazasen esa religión»...

El hermano calló. Pero, a los pocos días, se dio el caso de que uno de los hijos de la joven que tan apasionada y enérgicamente había afirmado su anticatolicismo, contrajo una gravísima enfermedad (difteria) y corría inminentemente riesgo de muerte, porque la naturaleza del niño no respondía a los tratamientos aplicados por el médico.

Entonces, dijo a la madre su hermano:

—Ante esta situación desesperada en que estamos viendo que tu hijo se muere, olvida todo prejuicio y reza conmigo el **Avemaría**, implorando a la Virgen Santísima interceda y obtenga de Dios la salud del niño.

»Y prométeme que si esto te concede el Cielo, examinarás serenamente la religión que yo practico, y si te convences de su verdad, me acompañarás en la misma.»

Resistió todavía un tanto la hermana; vaciló un rato, pero mirando la cama de su hijo enfermo y llorando angustiada, se dejó llevar por la esperanza de salvarlo, y se arrodilló junto a su hermano, recitando con él la salutación angélica.

Al siguiente día el niño estaba curado, con sorpresa del médico. Y la madre se mostró gozosa y agradecida a la Virgen, Madre de Dios, que con tanto poder, tan sabiamente y siempre tan misericordiosa, consuela a los afligidos.

A los tres meses de aquella curación, la familia entera era contada en el número de los católicos.

Y el hermano, que tanto bien contempló, dejando la vida militar, se hizo sacerdote.

Y ese sacerdote —terminó diciendo el P. Tuckwel— es el que os acaba de relatar todo esto» (15).

Por María a Jesús

Decía el Siervo de Dios, Cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de S. S. Pío X:

(15) «El triunfo del Avemaría», por el P. Germán G. Suárez, mercedario.

«Cuanto mayor sea nuestra devoción a la Santísima Virgen, tanto más nos acercaremos al Señor» (16).

Coincidiendo con lo cual dijo Mons. Escrivá de Balaguer: «El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima.» (Homilía de 4-5-57.)

Y a su vez el Concilio Vaticano II ha manifestado que, «las diversas formas de la piedad hacia la Madre de Dios, que la Iglesia ha aprobado dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, según las condiciones de los tiempos y lugares y según la índole y modo de ser de los fieles, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (Col. 1, 15-16) y en quien tuvo a bien el Padre que morase la plenitud (Col. I, 19), sea mejor conocido, sea amado, sea glorificado y sean cumplidos sus mandamientos.» («Lum. Gent.», n.º 66).

Ese es el resultado de la devoción de las *tres Ave-marias* como patentizan infinidad de sucesos, entre los cuales os recordaremos algunos:

(16) «Pensamientos ascéticos».—Ediciones Paulinas.—Madrid, 1954. Frase feliz del R. P. Angel Luis, C. SS. R. recogemos seguidamente: «¡Qué apetecible es la reunión de los hijos en el Corazón de la Madre, y sentirse llevados por Ella al amor creciente de Dios!»

Exactamente, «la devoción a María lejos de ser un fin en sí misma, es un medio esencialmente ordenado a orientar las almas hacia Cristo, y de esta forma unir las almas al Padre en el amor del Espíritu Santo», según dijo S. S. Pablo VI en el discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964.

a) «La madre que pedía la conversión de su hijo»

En uno de los primeros meses del año 1973, en un sanatorio de una ciudad castellana, estaba enferma una señora a la que visitaba todos los días un hijo espiritualmente desgraciado, pues llevaba una vida de completa disipación y total apartamiento de los preceptos religiosos, constituyendo esto la preocupación constante y angustiosa de la madre.

Una religiosa, que también estaba en el Sanatorio y se enteró del caso, entregó a la aludida señora unas estampas sobre la devoción de las *tres Avemarías*, con objeto de que encomendase la solución del asunto a la Santísima Virgen, rezándolas diariamente y dando a su hijo una de esas estampas con la recomendación de que hiciera lo mismo.

Así lo hizo la acongojada madre, suplicando encarecidamente a la Virgen María la conversión de su hijo y obsequiándola con el rezo de las *tres Avemarías*.

Pasados unos días tuvo conocimiento de que habían sido anunciados unos «Cursillos de Cristiandad» para jóvenes, y con gran ilusión le pidió a su hijo que se inscribiese para asistir a ellos, pero el joven se negó rotundamente, exclamando: «Déjame, madre, de tonterías; deja que viva la vida, que para mí tiene tantos atractivos; ¡qué tengo que hacer yo en semejantes cursillos!»...

La madre del «descaminado», sollozando por este fracaso, contó a la religiosa que le había dado las estampas de las *tres Avemarías* lo sucedido, y juntas

continuaron rezándolas pidiendo fervorosamente a la Madre de Dios su mediación en favor de esa alma desdichada... Y, cual no sería su grata sorpresa, cuando, precisamente, el día en que terminaba el plazo para las inscripciones, el hijo dice a la madre: «Bueno, sólo por darte gusto, iré a perder el tiempo en esos inútiles cursillos que tanto empeño tienes en que tome parte...»

Va, al fin, el joven con desgana a inscribirse, y le manifiestan que ya no hay plaza disponible, pues se han cubierto todas. Ante esto, iba a retirarse el interesado (contento en el fondo por liberarse de su compromiso y poder justificarse a ojos de la madre), cuando le mira el Padre Director y le dice que *«no sabe por qué, pero que siente que le tiene que admitir»*, y en efecto, fue admitido y practicó aquellas jornadas de espiritualidad, con tan feliz resultado que, una vez terminadas, se presentó a su madre como «un hombre nuevo», completamente regenerado y decidido a no apartarse de la Ley de Dios.

El santo gozo de la madre fue inmenso; y el hijo «revivido» es hoy un entusiasta propagador de la devoción de las *tres Avemarías*, cuya eficacia proclama reconociendo que por la intervención de la Virgen Santísima obtuvo la gracia de Dios.

Sor Gloria de María,
de las Dominicas reales.—Medina del Campo.—
Valladolid, (20 de abril de 1973.)

b) «Un buen ejemplo que convierte»

Una clínica, un quirófano, y, tendida sobre la mesa de operaciones, una niña de muy pocos años.

La operación a practicar es francamente delicada, difícil; tres doctores en cirugía están presentes y dos médicos anestesiistas.

—A ver, nena —dice uno de éstos—; cierra los ojitos, que vas a dormir.

—¡Pero si es de día! —replica la niña—; yo nunca duermo de día.

—No importa. Ahora vas a dormir. Cierra los ojitos...

El médico no quería que la niña viera la aguja con que la tenían que pinchar para anestesiarla. Y ella repetía lo mismo:

—Yo no duermo de día...

—Sin embargo, hoy tienes que hacerlo así; has de dormir para curarte... Anda, sé buena y cierra los ojitos...

—Bueno —dijo la pequeñita conformándose, pues comprendió muy bien que, tarde o temprano, aquellos señores se saldrían con la suya. Pero añadió:

—Yo, antes de dormir, rezo siempre las *tres Avemarías*. ¿Me dejan que las rece?...

—Sí, puedes rezar tus *tres Avemarías*...

Y con toda sencillez, la niña se incorporó, se arrojó, juntó sus manecitas, y empezó su oración de todas las noches: «Dios te salve, María,... Ruega por nosotros, pecadores...»

Luego, acabadas las *tres Avemarías*, se tendió en la mesa y, sin esperar otra recomendación, cerró sus inocentes ojos...

Ante aquel cuadro encantador, uno de los cirujanos se sintió profundamente enternecido, aunque lo disimuló, y aparentó permanecer imperturbable. Pero en cuanto pudo abandonar el quirófano, lo hizo diciendo a sus compañeros que ellos podían terminar la operación, no haciendo falta él. Entonces se retiró a su despacho, se cerró por dentro, se puso de rodillas y empezó a llorar. Llevaba muchos años alejado de la Iglesia, sin recibir los Sacramentos y sin hacer oración... Y salió de allí decidido a realizar una buena confesión y vivir en adelante según la Ley de Dios, porque le había transformado totalmente, haciéndole recordar la inocencia y fervor religioso de su niñez, aquella niña que no se dormía sin antes haber rezado sus *tres Avemarías* (17).

c) «Un "extraviado" que volvió a Dios»

Un misionero, Párroco de Cuzco (Perú), escribe:

En mi extensa Parroquia, y con la colaboración de un grupo de Catequistas, estoy haciendo campaña de difusión del rezo de las *tres Avemarías*. Y el éxito es grande porque Dios hace derroche de sus gracias mediante su Madre Santísima...

«En junio de 1969 pasé por una "hacienda" muy alejada de los caseríos y aldeas. El dueño de la finca

(17) P. Nazario Pérez, S. J.—«Maravillas de las *tres Avemarías*»:

ya era de edad avanzada; había sido seminarista, y luego, sin contraer matrimonio canónico, se unió a una mujer con la que tuvo varios hijos. Aproveché mi visita para dejarle una estampa sobre la devoción de las *tres Avemarías*, recomendándole que no dejara de rezarlas todos los días, y siempre que sintiese preocupación por cualquier problema.

«A fines del mes de octubre vinieron a buscarme de parte del dueño de aquella "hacienda" para pedirme con insistencia que, no obstante la distancia, fuera a aquella casa, porque dicho señor estaba muy grave y deseaba recibir los últimos Sacramentos.

»Allí fui acompañado de dos Catequistas, y al vernos el enfermo, llorando amargamente y con voces entrecortadas, pidió confesar.

»A continuación declaró que había rezado las *tres Avemarías* desde que se las había aconsejado y que a poco de rezarlas se sintió movido a «regularizar su vida» y volver a la gracia de Dios.

»Tanto le ayudaba la Santísima Virgen a su cambio espiritual, que hasta empezó a rezar el Santo Rosario durante su enfermedad.

»Como apremiaba su gravísimo estado, sin pérdida de tiempo contrajo matrimonio, recibió la comunión juntamente con su esposa y los hijos legitimados, y le administré la Extremaunción.

»Media hora, exactamente, después de esto, descansó en la paz del Señor.»

La Madre de Dios había acreditado una vez más su especial patrocinio respecto de quienes la invocan

con las tres *Avemarías*. (P. Braulio Ascarza Sotelo.—7 noviembre de 1969.—Perú).

Otra manifestación de la Virgen María:

Fue la misma Santísima Virgen la que dijo a Santa Gertrudis que «quien la venerase en su relación con la Beatísima Trinidad, experimentaría el poder que le ha comunicado la Omnipotencia del Padre como Madre de Dios; admiraría los ingeniosos medios que le inspira la sabiduría del Hijo para la salvación de los hombres, y contemplaría la ardiente caridad encendida en su corazón por el Espíritu Santo» (18).

Leed el siguiente acontecimiento:

El pagano que se hizo católico

Un misionero jesuita, que ejercía su ministerio en la India, relató en la revista «Misiones Belges» lo siguiente:

Conocí en Bengala a un joven y valiente militar indio, al servicio de Inglaterra, como teniente de una compañía de Cipayos.

Educado a la inglesa, conservaba, no obstante, algunas prácticas supersticiosas, sin llegar a practicar ninguna religión, aunque conocía y admiraba la Igle-

(18) En su libro «El Heraldo Divino», pág. 199.

sia Católica, y se iba aficionando a ella como resultado de las conversaciones mantenidas con misioneros y con su jefe, el capitán Carlos Tonnerre, al que profesaba un respeto y cariño extraordinarios.

Fue este excelente capitán quien en uno de los diálogos sobre el tema religioso, aprovechando un momento en que el teniente, mostrándose muy complacido por lo que se le explicaba del catolicismo, exclamó: «¡Qué feliz si fuese yo también católico», le dijo:

—¡Todo puede ser! Ponte bajo el patrocinio de la Madre de Dios. Y para esto, prométeme rezar todos los días *tres Avemarías*.

Lo prometió el teniente. Y todas las noches cumplía el bravo indio su promesa, con exactitud militar.

Pasó algún tiempo.

Y una mañana, cuando la aurora comenzaba a iluminar las altas cimas de las montañas, y pasada la noche huían las estrellas, que era la hora en que diariamente el capitán Tonnerre acudía a la capilla del campamento para ayudarme la misa y comulgar, veo que no viene solo, sino esta vez acompañado del teniente indio, que, al acercarse, sin darle tiempo para expresarle mi asombro, se echó a mis pies pidiéndome que le haga hijo de María e hijo de la Iglesia Católica.

¿Cómo se había producido este milagro de la gracia?

Lo contó él mismo:

«Ayer tarde —dijo—, cuando llegué al Campa-

mento, despues de prolongada marcha, estaba tan rendido y fatigado que me eché a descansar en la litera de campaña vestido como iba, y sin rezar las *tres Avemarías* que había prometido y que en todos los días precedentes sí que recé.

Quedé dormido profundamente...

Era la media noche cuando me despertó una fuerte sacudida.

Me incorporé y encendí la linterna.

Experimentaba la sensación de que no estaba solo.

Miré a mi alrededor.

Pero no vi nada que me llamara la atención.

Y como tenía muchísimo sueño, dejé caer la cabeza sobre la almohada.

De pronto me acordé de las *tres Avemarías* olvidadas.

Sentí el descuido, y haciendo un esfuerzo salté de la litera y me puse a rezarlas.

Apenas comenzadas, no pude seguir. Con terror y espanto, mis ojos miraron fijamente a la cama. De debajo de la almohada salía una horrible serpiente con la boca abierta y la lengua saetante...

Por la cresta que la coronaba, conocí que era una «cobra capella», especie de las más venenosas, cuya mordedura es siempre mortal...

El monstruo desenroscaba lentamente sus anillos repugnantes sobre mi cama...

Yo, de momento, estaba hipnotizado y quito por el pasmo.

Pero antes de que el reptil se alargara más y me

atacase, tomé la espada y, de un golpe, le rompí la cabeza, que ya tenía erguida e intimidaba con su silbido amenazador.

Y viéndome salvo de tan grave peligro comprendí que a la Madre de Dios debía mi salvación, y me postre para rezar las *tres Avemarías*, y mientras las rezaba tomé la firme resolución de abrazar la religión de Cristo.»

Fue instruido debidamente, y unos meses después en la capilla, adornada de flores, y sin otro testigo que el capitán Carlos Tonnerre, le administré el sacramento del Bautismo, en el que a la pregunta de ritual, «¿cuál es tu nombre?», respondió: «Carlos-María» (19).

La Virgen acoge siempre el ruego perseverante

«Recuerdo un hecho que me impresionó vivamente y aconteció el año 1967 en que tomé parte en la Gran Misión de Lima (Perú).

Había terminado la Misión y para que viera algo de ese país, me llevaron unos religiosos a visitar un pueblo de la Cordillera de los Andes, cuya altura era asombrosa.

Regresábamos de la excursión, y cerca de un pequeño poblado casi perdido en la inmensidad de aquellos montes, una avería del automóvil nos detuvo.

(19) Revista «El Propagador de las *tres Avemarías*».—PP. Capuchinos.—Valencia.—Marzo 1966.

Mientras el mecánico reparaba el coche, comentábamos paisajes y costumbres, a la vez que nos acongojaba observar la falta de asistencia espiritual de aquellas poblaciones privadas de sacerdote.

Pensando en esto y hablando de ello, se llegó al grupo que formábamos los expedicionarios un hombre de mediana edad, que dirigiéndose a mí (por ser el único que vestía sotana), dice: «Padrecito: Le ruego venga conmigo a casa, donde tengo muy enferma a mi madre viejita. Ella pide un sacerdote, y el más próximo está a 300 kilómetros de aquí, y no da tiempo a ir a por él porque dice mi vieja que se encuentra muy mal y que se muere...»

»No me hice repetir la súplica. Le dije al buen hombre: «Vamos. ¿Está lejos?» «Muy cerquita» —respondió mi acompañante.

»Anduvimos un buen camino y nos presentamos en la casa de la anciana. Al entrar en su habitación, lo primero que me sorprende es contemplar junto a la cama, en una mesita, la estampa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

»Animo en lo posible a la enferma, y luego la confieso... La paz de su alma se refleja en su rostro. Y con voz débil, cogiéndome la mano para besarla, dijo: «Esto es lo que siempre le pedí a la Virgen: no morir sin confesión... Y le rezaba *tres Avemarías*»...

»Salí de aquella casa emocionado... La Madre de Dios había escuchado la oración de la sencilla mujer peruana... ¡Y, precisamente, el sacerdote que "dispuso" la Señora que atendiera a esa alma que tantas

veces la había invocado como "Perpetuo Socorro", fue un Misionero Redentorista!»...

¡¡Maravillas con que nos recrea la Santísima Virgen!!

P. Luis Larrauri, C. SS. R.
(Misionero Redentorista).—Carta de 21 de junio de 1968.

Una vez más la Virgen Inmaculada nos insta al rezo de las tres Avemarías

Estas han sido sus palabras:

«La devoción de las tres Avemarías siempre me fue muy grata... No dejéis de rezarlas y de hacerlas rezar cuanto podáis. Cada día tendréis pruebas de su eficacia...» (20).

¡Sería interminable la lista que podríamos ofrecer! En libros y revistas se hicieron públicas infinidad de ellas. Pero aún son muchísimas más las que han quedado inéditas, ocultas bajo la reserva del secreto de confesión o silenciadas por quienes las guardan en lo íntimo de sus corazones.

Peligros que se superan satisfactoriamente por modo prodigioso;

estudios que lograron el éxito, a pesar de grandes dificultades que lo hacían improbable;

empresas y negocios que prosperaron venciendo adversidades que los pusieron en trance de ruina;

(20) «Las tres Avemarías, llave del Paraíso».—P. G. Pasquali, traducción de P. Rodolfo Fierro, S. D. B., pág. 124.

almas que progresaron fácilmente en el camino de su santificación;

fidelidad a la vocación religiosa mantenida contra la tentación de abandono de la misma;

florecimiento de la virtud de la castidad entre quienes están en peligros e incentivos para quebrantarla;

vocaciones sacerdotales nacidas al calor de una diaria práctica de esta devoción...

Anotamos, sobre esto, dos recientes declaraciones:

En 1959, un célebre religioso redentorista, en la última meditación de unos Ejercicios Espirituales a caballeros, decía desde el púlpito del Santuario de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Madrid:

«Hermanos: si hoy visto la sotana de Misionero y tuve la fuerza para resolverme a dejar el ejercicio de la Abogacía y abandonar el mundo, dando rumbo nuevo e inesperado a mi vida, es debido a la práctica de las *Tres Avemarías*.»

Y hace poco, un Prelado americano, escribía así: «Firmemente atribuyó mi vocación sacerdotal al rezo constante de las *Tres Avemarías*, que desde muy pequeño comencé a rezar sin dejarlas jamás.» (Mons. Carlos M. Pérez, Obispo de Comodoro-Rivadavia, Argentina.)

Al propio tiempo merece recuerdo lo que sigue:

a) «Esperaba un sacerdote...»

En un país situado detrás del «telón de acero», en el que en los primeros meses del año 1968 se recrudeció la persecución antirreligiosa, uno de los Obispos allí radicados recibió una misiva comunicándole confidencialmente que se preparaba un atentado contra su vida, por lo cual debía huir sin pérdida de tiempo y ocultarse.

Obedeciendo la consigna recibida, el aludido señor Obispo salió de su residencia vestido de aldeano y huyó campo a traviesa, caminando durante todo un día, alcanzándole la noche diviso una amplia vega.

Aprovechando la oscuridad se aproximó a una casa que vio poco distante y pidió a sus habitantes le permitiesen descansar unas horas sentado en una silla.

Los ocupantes de la casa —un matrimonio con varios hijos pequeños— acogieron la petición de hospedaje del que consideraron labriego viajero, pero no sólo le ofrecieron silla, sino que le hicieron cenar con ellos y luego le acomodaron en una habitación con buena cama.

Durante la cena, como notase el huésped gran preocupación y visible tristeza en el matrimonio, no pudo silenciar su observación y preguntó el motivo de tal inquietud y congoja; informándosele entonces de que el anciano padre de uno de ellos no había podido sentarse a la mesa porque estaba enfermo de mucha

gravedad desde hacía unos días, y aunque le insistían cariñosamente para que hiciera conveniente preparación para la muerte, por si el momento de ésta sobreviniera, él les contestaba que todavía no iba a morir, y, por tanto, no se preparaba...

Hubo unos breves comentarios del caso, pero ninguno se atrevió a hacer mención del aspecto religioso del asunto.

Retirados a descansar todos y transcurrida la noche, se dispuso el visitante y huésped a proseguir su camino; y al despedirse y dar gracias a quienes con tanta amabilidad le habían tratado, preguntó si le permitían saludar al viejecito enfermo para comprobar el estado actual de su dolencia, a lo que, gustosamente, se acedió y le acompañaron.

Una vez el labriego junto al anciano, y luego de una corta conversación afectuosa, éste último, adoptando un gesto y tono decidido, dijo: «Mire usted, yo sé que estoy muy malo y que ya no me restableceré; pero, también sé que por ahora no moriré».

Al oírle hablar tan seguro, todos sonrieron al enfermo. Y ante aquellas sonrisas añadió éste: «Se ríen porque he dicho que tengo la seguridad de que no voy a morir por ahora... Pues bien; lo repito. ¿Y sabe usted por qué?... Mire, yo no sé quién es usted, ni cómo piensa, pero como en la situación en que estoy ya no temo a nadie, le voy a decir la verdad: Mi seguridad se apoya en que soy católico; los años de persecución religiosa no me han quitado la fe; y todos los días he rezado, y rezo, las *Tres Avemarías*, pidién-

dole a la Virgen María que a la hora de la muerte esté asistido por un sacerdote que prepare mi alma para el tránsito, y usted comprenderá que habiéndole rogado tantas veces a la Santísima Virgen eso, la Virgen no consentirá que yo muera sin un sacerdote a mi lado; y como no lo tengo, por eso estoy tan seguro de que por ahora no me muero.»

Emocionado el labriego por aquella declaración del ancianito, le tomó la mano y le dijo: «Esa gran fe que ha conservado, y esa súplica diaria a la Madre de Dios rezándole las *tres Avemarías*, han atraído el favor del Cielo y ha sido la Providencia la que me dirigió hasta aquí... No es un sacerdote lo que la Virgen le manda, sino a su Obispo de usted... Porque yo soy el Obispo de esta Diócesis, que va hacia el exilio.»

La impresión, y al propio tiempo el gozo, del anciano y sus hijos fue enorme. Tan grande, que no sabían cómo expresar su asombro y su reverencia...

Seguidamente, el señor Obispo ofició la Santa Misa en la habitación del enfermo, y les dio a todos la comunión; dejando al viejecito espiritualmente dispuesto para emprender su postrer viaje con término en el Cielo...

Viaje que tuvo lugar dos días después de aquella Misa excepcional.

(Comunicación de la doctora doña Josefina Conde Picavea, de 1.º de junio de 1968.)

b) Resistencia vencida:

«En Zaragoza (España), hace años, un día, por no sé qué extraña coincidencia, aunque estaba abierto el templo de Nuestra Señora del Pilar, y era posible la oración en el mismo, la Virgen está sola en su Capilla, de pie sobre el secular trono de jaspe recubierto de plata. Parece esperar con majestad de Reina y amor de Madre a alguno de sus hijos con quien quiere mantener secreta audiencia. Por esto ha despejado por unos momentos la multitud de devotos que suele disputarse los escasos huecos de la alta reja que cierra el *Sancta Sanctorum* de la Angélica Capilla.

»En un confesionario próximo hay sentado un Padre de la Compañía de Jesús, en espera de ejercer su ministerio. Ya iba a levantarse en vista de que no había penitentes que atender allí, cuando ve de pronto que un oficial del ejército se arrodilla a los pies de la Virgen. Le observa, y advierte en él una gran turbación reflejada en su semblante y en todo su cuerpo, no mostrando el fervor del peregrino, ni la admiración del artista, sino más bien la lucha interna del alma, a quien dice Dios como a Saulo: "Es duro para ti golpear contra el aguijón"...

»El confesor espera. Baja los ojos, para orar con más recogimiento; y vuelve a levantarlos por si hay novedad. Pero el oficial del ejército se ha marchado. La Virgen está de nuevo sola... Baja los ojos el jesuita, y otra vez a poco los levanta y ve al militar que ha vuelto a ocupar su puesto, con más turbación que

antes. Otra vez después desaparece; y otra vez vuelve a aparecer. Una nueva desaparición del misterioso militar hace perder al buen Padre las esperanzas de intervenir, y decididamente se levanta para salir del confesionario. Pero en ese mismo momento se presenta el oficial a su lado en ademán de detenerle.

»Espere, por favor, le dice: quiero confesarme, y antes de hacerlo le voy a contar lo que me pasa... Hace muchos años que vivo alejado de la Iglesia; pero nunca he podido olvidar dos encargos que me hizo mi querida madre, en la hora de su muerte: rezar diariamente *tres Avemarías*, y hacer una visita, en Zaragoza, a la Santísima Virgen del Pilar. Lo primero nunca he dejado de cumplirlo (recé todos los días las *tres Avemarías*); lo segundo lo he querido hacer en llegando a Zaragoza, aunque sentía tentaciones de dilatarlo. Y orando a los pies de Nuestra Señora, he oído una voz que me decía: "confiésate", y aunque no vi en la Capilla criatura humana que me lo pudiera decir, he respondido: "no quiero"... "Confiésate", he oído decir por segunda vez, y he respondido: "antes morir"... ¡Cómo había de confesarme yo que tanto he hablado contra la confesión!... "Confiésate o mueres", me dice la voz misteriosa por tercera vez... Dos veces, durante esta lucha, me he levantado para salir de la iglesia, y he dado algunos pasos fuera de la Capilla, y otras dos veces he vuelto a los pies de la Virgen del Pilar. Después de este tercer aviso, ya no puedo resistir más. Por tanto, Padre, voy a confesarme; treinta y seis años hace que no lo hago...

»Largo rato duró la confesión. Luego, a pesar de la humilde resistencia del penitente, el Padre le obligó a acercarse a la sagrada mesa y comulgar. Y seguidamente se quedó el militar haciendo la guardia a su Reina y Madre... Pasó la tarde; sucediéronse uno a otro los rosarios, se cantaron los gozos, y el oficial continuaba inmóvil a los pies de la Virgen. Por fin llegó la hora de cerrar el Santuario, y el sacristán, que se vio obligado a avisarle para que saliera, pudo notar que el mármol del pavimento estaba humedecido con las lágrimas del penitente... Nada más se ha sabido de él; siendo de esperar que la Virgen Santísima, Mediadora de todas las gracias, le haya obtenido la de la perseverancia.

»El confesor refirió el caso a un respetable sacerdote que lo transmitió a la R. M. Superiora General de las Adoratrices, de cuyos labios lo hemos oído.» (P. Nazario Pérez, S. J.—Revista «El Propagador de las tres Avemarías».—Padres Capuchinos.—Valencia.—Octubre de 1966.)

La Madre de Dios es también Madre nuestra

El Concilio Vaticano II declara que la «Virgen María... está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo,... y a Ella la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con *filial* afecto de piedad como a Madre amantísima.» («Lum. Gent.», n.º 53).

Y esta realidad incuestionable movió al Santo Padre Pablo VI a dirigirse al mundo diciendo que, «para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima «Madre de la Iglesia», es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores...

Ciertamente, «con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de ser Madre del Verbo encarnado.»

«La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal fue cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia...» (21).

Tras de lo cual, finalizando su discurso el Pontífice, hizo a la Virgen María la siguiente invocación:

«Tú, que por tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora, fuiste presentada como Madre del discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano que en Ti confía.

(21) Discurso de S. S. Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en la sesión de clausura de la Tercera Etapa del Concilio Vaticano II. (BAC).

«Acuérdate de todos tus hijos; avala sus preces ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad...»

Y algún tiempo después el propio Sumo Pontífice decía a las gentes:

«Renovad ahora la piedad mariana intensa, sencilla y profundamente arraigada en las almas que os llevó a venerar durante siglos a la gran Madre de Dios *como hijos*. Y María, que se apiada de las necesidades de sus hijos con amor sin límites, y se manifiesta clementísima y pronta a escuchar sus súplicas, os protegerá.

«Invocadla con estas palabras "*¡Mostra te esse Matrem!*"; *¡muéstrate Madre!*...» (22).

Enseñanzas conciliares y pontificias que apoyan la conclusión del P. Angel Luis, C. SS. R., concretada en estos términos: He ahí «los dos títulos que resumen toda la grandeza de María y que mejor expresan su misión salvadora: *Madre de Dios y Madre de los hombres*» (23).

(22) Carta Apostólica de S. S. Pablo VI en el milenario de la Iglesia de Hungría; 6 de agosto de 1970. («Ecclesia», 12 de septiembre de 1970).

(23) «La mediación universal de María» en el Capítulo VIII de la «Lumen Gentium».—(Estudios Marianos.—Volumen XXXI.—1968).

Como ha indicado el P. Llamera, O. P. en sus «Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia» (BAC), «si el Concilio de Efeso fue el de la *divina maternidad de María*, el Concilio Vaticano II ha sido el Concilio de su *maternidad espiritual*... Maternidad espiritual que como constató el P. Angel Luis, C. SS. R., en el Congreso Mariológico que tuvo lugar en Lourdes el año 1958, «se realizó en dos momentos culminantes: en la Anunciación y en el Calvario.»

Según expuso Mons. Escrivá de Balaguer, «María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole *que se manifieste como nuestra Madre*.

»Pero es una madre que no se hace rogar, que incluso se adelanta a nuestras súplicas, porque conoce nuestras necesidades y viene prontamente en nuestra ayuda, demostrando con obras que se acuerda constantemente de sus hijos.

»Los que consideran superadas las devociones a la Virgen Santísima, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica

Certera afirmación que ha sido confirmada por el Sacrosanto Sínodo diciendo:

«Enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular, la Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como *«llena de gracia»* (Lvi. 1,28) y ella responde al enviado celestial: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Luc. 1,38). Así, María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin el impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente. Por esto, con razón, los Santos Padres estiman a María, no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y la obediencia.» («Lum. Gent.», n.º 56).

con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos.» (Homilía de 4-5-57.)

Estad seguros y plenamente convencidos de que María nos ama, después de Dios, como nadie, y que para hacérselo comprender San Alfonso María de Liguorio, escribió:

»Reunid, si podéis, el amor que todas las madres tienen a sus hijos, todos los esposos a sus esposas, todos los ángeles y santos a sus devotos, y toda esta suma de amor no igualaría al que tiene María a una sola alma» (24).

Y conscientes de ese inmenso amor de María, la llamamos Madre de Misericordia, porque como decía San Agustín, la misericordia «es la compasión que siente el corazón por la miseria ajena, compasión que impulsa a prestarle asistencia en la medida de las posibilidades del compadeciente» (25).

¿Y quién con más capacidad de auxilio que la Madre de Dios, que por serlo es Reina de todo lo creado?...

Realeza de María

María es Reina por ser su divino Hijo Rey (Rey de Reyes y Señor de los Señores).

(24) «Las glorias de María», pág. 65.

(25) P. Terrien, S. J. «La Madre de Dios y Madre de los hombres», tomo III, pág. 303.

María es Reina «por la gracia de Dios», porque de Dios recibió la gracia singularísima de ser la «Madre de Dios».

María es Reina con Cristo Rey, porque *cooperó* a la constitución del Reino de Cristo con su personal sacrificio y su identificación total con su divino Hijo.

Por esto, inspiradamente, escribe el P. Angel Luis, C. S. R.: «Confiemos sin límites en la protección de esa Reina, porque, ¿dónde encontrar un rey y una reina cuyos corazones hayan latido tan al unísono como el corazón de Jesús y el de María? ¿Dónde encontrar tal fusión, o mejor, tal unificación de sentimientos y de voluntades como en Cristo y su Madre? ¿Dónde encontrar, consiguientemente, una reina que goce sobre el corazón del rey, de un ascendiente comparable al ascendiente que goza María sobre el corazón de Jesucristo?...

»Dios ha vinculado la concesión de la gracia en la actual economía, a la ley de la oración; y a la vez, libremente ha establecido que cuantas gracias se dispensen a los hombres pasen por las manos de María. De donde se desprende que la función asignada a los ruegos de nuestra Reina sobrepasa todo lo humanamente imaginable. La plegaria de María la califican los Padres y teólogos de: "omnipotente" no sólo por ser plegaria de Madre, sino también por ser plegaria de Reina; plegaria de Reina, por sobrepasar en eficacia la de todos los santos del cielo; plegaria de Reina, porque brota de la comunión perfecta de ideales entre el corazón de Cristo y de la Madre, unida a El en

toda la amplitud de su obra redentora; plegaria de Reina, porque en Ella latén todos los anhelos de todos los súbditos del Reino de Cristo, ya que María está unida a Jesús por el anhelo del bien común de los hombres, al que está orientada toda su actividad» (26).

Lo cual hizo decir al P. Manjón, fundador de las «Escuelas del Ave María», que: «el Reinado de María es Reinado de Madre, porque los súbditos, sus vasallos, *somos hijos suyos*» (27).

«¿Qué cosa, por tanto, hay más grata, claramente suave y alegre que comprobar y experimentar en la práctica que tenemos una Madre tan poderosa como clemente, en cuyo seno podemos refugiarnos, y perdirla todo lo que sea saludable y conveniente a nuestras necesidades? Tal es la Madre de Cristo, Madre de los Santos, causa de nuestra plena alegría, llena de gracia, bendita entre las mujeres, María...» (S. S. Pablo VI.—Carta de 16 de julio de 1971 al Legado Pontificio en el Congreso Internacional Mariano-Mariológico de Zagreb (Croacia).

Admiremos, pues, y agradezcamos siempre sus delicadezas maternas.

(26) «La realeza de María». —Estudios Marianos.—Vol. XI.—1950.

(27) Cit. del Hno. Ginés de María, en «La Madre», pág. 91.

La nieta que salvó a su abuelo

En un lugar del Perigord (Francia), ejercía su profesión un médico, a quien nadie hacía referencia por su propio nombre, sino al que todos llamaban «el buen Doctor».

Y en verdad merecía este título, porque era realmente bueno con todos, y, sobre todo, con los pobres.

Sin embargo, el doctor no era un hombre religioso.

No es que fuese descreído. No llegaba a tanto. Más bien era «indiferente».

Así, se daba el caso de que desde la fecha lejana de su matrimonio no se había preocupado de recibir los sacramentos...

Los muchos años y la excesiva actividad profesional desarrollada postraron al doctor en el lecho, con irreparable agotamiento. Toda esperanza de curación quedaba descartada.

¡Y «el buen Doctor» iba a morir en la impiedad!

Este pensamiento y temor torturaba el corazón de una nieta que le acompañaba en aquella ocasión. La niña era un ángel de dulzura y de piedad. Sentada junto al enfermo, lo entretenía y cuidaba. Y mientras descansaba el anciano, dirigía con lágrimas esta plegaria al cielo:

«Oh, Virgen buena, Vos que sois todo misericordia y todo lo podéis, moved a penitencia el corazón de mi abuelo!